

---

## APUNTES

### SOBRE LA MINORÍA DE CARLOS II.

---

*(Conclusion.)*

Hablemos ya algo de otro personaje que por aquellos días empezaba á brillar en el escenario de la política, y que, amigo y secretario de Nithard, habia de sucederle en su privanza con la Reina Doña Mariana.

Nos referimos á D. Fernando de Valenzuela, uno de los mayores ejemplos de la inestabilidad de la fortuna, elevado desde la oscuridad á los mayores puestos y dignidades, y muerto luego léjos de su pátria en el abandono y la miseria.

Nacido en Ronda de padres nobles, pero escasos de recursos, vino á Madrid Valenzuela con ánimo de hacerse una carrera. Su talento, sus distinguidas maneras y su despejo proporcionáronle pronto una colocacion en casa del Duque del Infantado, que pasando á Roma con el carácter de Embajador, llevó allá á nuestro jóven. Mucho debió este captarse las simpatías y afecto de su señor, cuando al regresar de Italia hizo el Duque agraciar á Valenzuela con un hábito de Santiago.

Mas de allí á poco arrebató la muerte á su protector, y hallóse Valenzuela poco más ó ménos como cuando vino á Madrid.

Lleno de ardor, y con voluntad decidida de abrirse paso en medio de aquella sociedad, trabajó, instó, y no tardó mucho en conseguir ponerse en relacion nada ménos que con el favorito de la Reina, ó sea el P. Nithard. Tal y tambien supo Valenzuela conducirse con este personaje, que en breves meses llegó á poseer su más completa confianza, no sabiendo Nithard hacer cosa alguna sin consultarlo primero con el jóven Valenzuela. Por mediacion del confesor fué nombrado para un cargo en palacio, y esto era lo que desde hacia mucho tiempo formaba los sueños dorados de su alma.

Dentro ya de palacio, su fortuna estaba hecha. Con su talento, fruto del cual eran ya algunas comedias y otras composiciones literarias, su despejo y su apuesta y agraciada persona, poco debia tardar en encontrar el camino de los honores y el poder, que era por lo que su corazon ambicioso ardentemente suspiraba.

Entre las camaristas de la Reina habia una que era visiblemente la que poseia toda la régia confianza, llamada Doña María Eugenia de Uceda. A ella se dirigieron las miradas de nuestro jóven cortesano. ofrecióla sus amorosos obsequios, supo ganar su corazon y acabó por obtener su mano con una plaza de caballero que la influyente camarista consiguió de la Reina para su esposo.

Continuó mezclándose en las intrigas á que daba lugar la animosidad entre Nithard y D. Juan José de Austria; fué sucesivamente ganando el afecto y la confianza de la Reina, y cuando el famoso jesuita cayó derrocado por sus enemigos, Valenzuela quedó al lado de Doña Mariana como la sombra y el representante de su antiguo favorito.

No era Doña Eugenia mucho ménos ambiciosa que su marido; así es que, de acuerdo con él, ofreció á la Reina sus servicios y cooperacion para todo lo que le juzgara digno de su confianza. Hubo con este motivo varias entrevistas entre la Reina y Valenzuela, en presencia de su esposa, y de ellas resultó captarse aquel la real voluntad en un grado semejante á lo que habia acontecido con Nithard.

Las relaciones de Valenzuela con toda clase de personas permitíanle noticiar á la Reina, con la mayor exactitud, cuanto en Madrid se decía, adverso ó favorable al Gobierno, cuanto acontecía ó se murmuraba en corrillos y salones. Como Doña Mariana aparentaba estar completamente retirada, y veían sin embargo cuán bien enterada estaba de todo cuanto ocurría dentro y fuera de Palacio, empezaron los cortesanos á decir que había *duende*, y presto descubrieron que este no era otro que D. Fernando de Valenzuela, al que desde entonces le quedó el dictado de *Duende de la Reina*.

Los cortesanos y palaciegos que veían un nuevo astro que aparecía, apresuráronse á ponerse de su lado; no así los ministros y cuantos aspiraban al poder, que viéndole nuevamente ocupado por un jóven desconocido, y en su concepto sin títulos ni méritos, creyeron, y en esto no se equivocaban, que la caída de Nithard no había servido para otra cosa que para facilitar el encumbramiento de Valenzuela.

Decidida la Reina á sostenerle y elevarle, nombróle, á despecho de la oposicion del Marqués de Castel-Rodrigo, Caballerizo mayor, su primer Caballerizo, le confirió un título nobiliario, y á poco, por el fallecimiento de Castel-Rodrigo, el cargo de Caballerizo mayor, que estando siempre desempeñado por un Grande de España, hizo que Valenzuela fuese elevado á esta alta categoría.

Las censuras, murmuraciones y diatribas que por estas causas llovían sobre Valenzuela y hasta sobre su augusta protectora, más que para dichas, lo son para imaginadas. Apelóse á toda clase de obstáculos, usóse de todos los medios para apartar á Valenzuela del lado de la Reina. Todo inútil. Doña Mariana le protegía, y no eran sus defectos la ingratitud, la inconstancia ó la debilidad.

Entre las sátiras, letrillas y pasquines citaremos uno de estos que apareció una mañana en las mismas puertas de Palacio. Eran los retratos de la Reina y Valenzuela. Bajo el de Valenzuela veíanse mitras, bandas, entorchados y otra porcion de emblemas de cargos y dignidades, diciendo un letrado

encima: *Esto se vende*. La Reina tenia puesta una mano sobre su corazon con este otro: *Y este se dá*.

A todas estas manifestaciones del ódio ó de la envidia oponía Doña Mariana la más completa indiferencia. No sucedía así á Valenzuela, que deseoso de hacerse perdonar su rápida elevacion, repartía destinos, concedía honores, fomentaba las diversiones públicas y hacia otra porcion de cosas que no dejaron de conquistarle amigos y popularidad.

A su celo y hábiles disposiciones debió Madrid hallarse surtido, como nunca lo habia estado, de viveres y provisiones; fomentaba los teatros; emprendía obras públicas, entre ellas la restauracion de la casa llamada de la Panaderia y del lienzo de mediodia de la Plaza Mayor, destruido por un incendio en 7 de Julio de 1672, la mejora del Palacio ó Alcázar, el arco de la Plaza de la Armeria y el puente de San Fernando. Mas tenia una cualidad que agregada al carácter de favorito, odioso siempre al pueblo español, echaba por tierra lo que con sus otras buenas prendas podia haber ganado en el ánimo de las gentes. Esta mala cualidad era el orgullo, si bien acaso más que defecto de la persona era resultado del puesto que ocupaba.

Para que se vea cuánto le cegaba este defecto, baste decir que en una funcion de toros y cañas, funcion muy del gusto de la época, se presentó adornado de plumas negras y blancas y vestido de negro y plata, por alusion sin duda á la viudez de la Reina, ostentando una banda en la que habia un águila con este lema: *Yo solo tengo licencia*, y un escudo donde estaba esa misma águila armada del rayo de Júpiter, con este otro alrededor: *A mí solo es permitido*, lance que trae á la imaginacion el no ménos atrevido del famoso Conde de Villamediana en otra funcion semejante durante el reinado de Felipe IV.

La estrella de Valenzuela parecia aun en toda su brillantez. Un suceso, no obstante, vino á dar motivo á los aficionados á augurios para hacer el de la pronta caída del orgulloso favorito. Hallábase un dia en el Escorial cazando con el Rey, cuando al tirar este sobre una pieza hirió en un muslo á

Valenzuela. Pronto los acontecimientos vinieron á dar á sus profecías apariencia de razon.

Las intrigas de D. Juan desde su gobierno de Aragon, que era en el fondo un verdadero destierro, contra Valenzuela, los manejos de los cortesanos cada dia más enemigos del favorito, los nombramientos que, hallándose Cárlos cercano á cumplir 15 años, se hicieron para su servidumbre, y que, siendo pocos los cargos y muchos los que los codiciaban ó esperaban naturalmente habian de producir descontentos y agraviados, todo ello, sin contar otras causas, minaba sordamente el poder de Valenzuela, y engrosaba las filas y aumentaba las fuerzas de los partidarios de D. Juan.

A tal punto llegaron las cosas, que algunos grandes y magnates no vacilaron en manifestar ya al jóven Rey que, para el sosiego del reino, era absolutamente indispensable el alejamiento de su lado de un ministro al que, decian ellos, la nacion aborrecia, no faltando tampoco quien hiciera alguna insinuacion de la tiránica tutela en que la Reina madre le tenia, y de la necesidad de salir de tan bochornosa situacion.

Consecuencia de esto fué que, acompañado de varios cortesanos, la noche del 14 de Enero de 1677 huyó en secreto Cárlos del Alcázar, y se trasladó al palacio del Buen-Retiro, desde donde dió una orden para que la Reina, su madre, quedára en su cámara arrestada.

Grande alegría produjo en Madrid esta noticia, apresurándose todos á felicitar á su nuevo Soberano, cuyo primer acto respondia fielmente á los deseos de la mayoria de la nacion.

La ruina de Valenzuela y la venida á Madrid de D. Juan, fueron forzosas consecuencias del cambio que se acababa de verificar.

El poder pasó á las manos del Príncipe, y él, más que el Rey, podía decirse que era el que mandaba.

Doña Mariana de Austria fué inmediatamente conducida al Alcázar de Toledo.

Valenzuela, confiscados todos sus bienes, privado de todos

sus títulos y consideraciones, fué preso y conducido á Filipinas. Su mujer y sus hijos fueron llevados á un convento de Talavera, llegando el caso de que esta señora, dueña pocos años antes de toda la confianza de su Soberana, en la cumbre del poder y la fortuna, tuvo, segun el aserto de un historiador, que implorar de puerta en puerta la caridad pública, perdiendo al fin la razon.

D. Juan, que tanto habia censurado la tiranía y el orgullo de Valenzuela, empezó bien pronto á dar muestras de que en él concurrían, en no menor grado, iguales cualidades.

Además de la cruel venganza tomada contra Valenzuela y su familia, y el destierro de la Reina, medidas ambas, especialmente la primera, desaprobadas aun por sus mismos partidarios, sus resoluciones, así en política, como en todos los ramos que constituyen la gobernacion del Estado, empezaron á provocar justas y fundadas censuras. Las esperanzas que, pueblo y cortedanos, habian cifrado en él antes de su elevacion, verificada esta, quedaron, y en poco tiempo, enteramente desvanecidas.

Empezaron sus recelos é inquietudes á ver por todas partes émulos y enemigos, procuró apartar del Rey á cuantos se figuraba podían influir en contra suya, y en pocos meses desterró de la córte á muchos distinguidos personajes, entre los cuales se contaban el Duque de Osuna, el Almirante de Castilla D. Gaspar Enriquez de Cabrera, el Príncipe de Stillano, el Conde de Humanes, el Marqués de Mancera, el Conde de Aguilar, el Conde de Monterey y el Conde de Mondéjar, destierro el de este último debido únicamente á la sospecha de ser el autor de una letrilla que corrió mucho por entonces, y empieza

Un fraile y una corona  
Un Duque y un cartelista,  
Anduvieron en la lista  
De la bella Calderona:

letrilla que, á pesar de ser un fiel traslado de las intrigas de la época, no copiamos por su mucha extension, y que lue-

go se descubrió haber sido escrita por el célebre Almirante, uno también de los desterrados.

Esta fué la conducta de D. Juan cuando estuvo en el poder.

No le duró este mucho, pues habiendo caído enfermo, falleció al fin el 17 de Setiembre de 1679, después de nombrar al rey por su heredero.

Al día siguiente salió Carlos en busca de su madre, confinada aun en Toledo, haciendo juntos su entrada en Madrid entre vítores y aclamaciones.

Pero así esto como los sucesos que siguieron se hallan ya fuera de nuestro propósito, concluida cual estaba la minoría del Rey, terminada, según el testamento de su padre, al cumplir los 14 años, en 6 de Noviembre de 1675, y dilatada prácticamente hasta su evasión de Palacio la memorable noche del 14 de Enero de 1677.

F. VILA.



---

## AYES DEL ALMA.

---

Veo las pasiones que tu pecho agitan  
de tu ardiente pupila al destellar  
y albores son de mi delirio amante  
su rauda claridad.

Vívido el corazon se abrasa en ella  
como el cielo en que ruge el huracan  
herido por el rayo, que lo enciende  
con rojo luminar.

Rotas sus fibras, anhelante el alma,  
quiere apurar los goces del amor,  
arrullándome un sueño de deleite  
de tu cantar al son.

Ven y en tu lábio beberé con ansia  
el caudal de la vida bullidor:  
dé frescura tu aliento al seno cálido  
que la pena agostó.

Tu negra cabellera al viento suelta  
por tus nevados hombros al caer,  
ondulando me bese tentadora  
y acaricie mi sien.

---

Y en tus besos de fuego al columpiarse  
en un píclago el alma de placer,  
misteriosa fluctúe embelesada  
desde un cielo á un eden,

Reflejando la tierra mi contento  
y bajo el sol del firmamento azul,  
bañará los espacios, de dos almas  
con su dicha la luz.

Mañana de una gloria, en que el rocío  
llorará perlas de su blanco tul,  
en que mujer no habrá tan bien amada,  
ni hermosa como tú.

De flores en un lecho y verde musgo  
que bordó Primavera en el pensil,  
de la armonía de amor que el mundo puebla  
gocemos el festín.

Las horas sin temor huyan entonces  
que llanto nos deparen infeliz;  
mas una eternidad sea venturosa  
en tus brazos morir!

ATENODORO MUÑOZ.

Málaga 26 de Agosto de 1876.



---

# LAS CRUZADAS.

---

## I.

Al alborcar el siglo XI apareció en la escena del mundo un personaje tan misterioso como grande, tan oscuro cuando dió sus primeros pasos en la predicacion de su idea, como oscurecido quedó al desaparecer de la tierra, y que resume en sí todo lo que tienen de más glorioso y memorable esos acontecimientos que la historia registra entre sus páginas con el nombre de *Cruzadas*. Este personaje no es otro que Pedro el Ermitaño.

Pedro el Ermitaño, despues de haber recorrido el Oriente sin más escudo que su fé, ni más arma que su bordon de peregrino; despues de haber derramado lágrimas de indignacion al presenciar las persecuciones de que eran víctimas los cristianos; despues de haber visto destruido el templo de la Resurreccion y profanado el Santo Sepulcro; despues de haber observado los padecimientos que sufrían los pobres romeros; despues de haber contemplado con dolor que se exigía el precio de una moneda para entrar en la ciudad santa á los que iban á rendir culto en el sagrado lugar donde descansó tres dias el que murió en la Cruz: despues de haber visto morir á aquellos infelices de hambre y miseria en los caminos, exaltado su espíritu y arrebatado por su celo religioso, tornó al

Occidente y se dirigió á Roma. Preséntase al Papa, comunícale lo que habia visto, ruégale que ponga en práctica los planes que concibieron Gregorio XII y Victor III, pero que no realizaron; y Urbano II, acogiendo sus súplicas, dá el grito de *¡Guerra!* en el concilio de Clermont, grito de guerra que se simbolizó en aquella frase tantas veces repetida: *¡Dios lo quiere!*

Conseguido este importantísimo resultado, Pedro recorrió la Italia, cruzó la Francia y se hizo oír de toda Europa. El entusiasmo brotaba por todas partes á los ecos de su voz, y la fé crecía y se avivaba al mirar á aquel pobre peregrino que vestía un tosco sayal ceñido con una cuerda y andaba á pié descalzo pidiendo al mundo católico invadiese el Asia y rescatase aquel Sepulcro Santo, en el cual la humanidad veía la historia de aquella Pasión divina que enseñó al hombre la manera de alzar su alma el vuelo para abrirse las puertas del Paraíso.

A la voz de Pedro se levantaron trescientos mil combatientes, los que no pudiendo contener su entusiasmo, eligiendo por jefe al atrevido Ermitaño y por segundo á Gualtero, *sua haber*, se lanzaron á la grande empresa de conquistar los Santos Lugares. Ocho caballeros tan solo fueron en este ejército; exceptuando esta fraccion insignificante, aquella masa inmensa habia salido de las clases más humildes del pueblo. Puesta en movimiento tan colosal falange, pronto se encontró desamparada y perdida; no hubo ni una córte que la socorriese, ni un monarca que la auxiliase. Precisados aquellos fervorosos creyentes á pasar por medio de tribus salvajes enemigas de la Cruz, y á hacer una travesía larga y penosa sin recursos, al agotarse los pocos que habian adquirido, se vieron abandonados á su propia suerte, resultando de esto que al faltarles lo más preciso para su conservacion, se entregaron al pillaje, devastando los campos y ciudades por donde pasaban. Estos atentados no quedaron impunes; su tumba quedó abierta en aquel camino que debia conducirles á la gloria. Semlin, Niza, Exerogorgon, las cercanías de Nicea y otros puntos de la Hungría y el Asia menor, fueron los sitios en donde se perdió aquel

ejército que se prometió realizar empresas tan altas y llevó á cabo otras tan ruines.

El camino de Europa á Jerusalem quedó marcado con un reguero de sangre. Aquella sangre consternó de pronto al Occidente, pero le exitó al mismo tiempo á reparar las faltas cometidas y á llevar adelante la empresa. La nobleza, que hasta entonces habia permanecido retraida, reclamó para sí el honor de formar esta segunda parte de la primera cruzada. Esta expedicion que reunió un efectivo de 80.000 infantes y 10.000 caballos, y estaba compuesta en su mayor parte de franceses y alemanes, llevó por caudillo á Godofredo de Bouillon, y por capitanes á Eustaquio y Balduino, hermanos de este, al célebre Tancredo, Hugo de San Pablo, Bohemundo de Toscana, Dudon de Conte, Raimundo conde de Tolosa, Conon de Montagu, Gerardo de Cherisi y otros muchos caballeros.

Pedro el Ermitaño aceptó el papel de mero peregrino. Habiéndose salvado del desastroso fin que tuvo el ejército que mandó, no quiso dejar de ocupar un puesto en la segunda expedicion, á lo cual se creia obligado, aunque el que llenó, si no engrandeció á los que en tan poco le tuvieron, á él le realzó, poniendo de relieve su acrisolada fé y su ejemplar humildad.

El primer hecho digno de notarse por este ejército fué la toma de Nicea; de Nicea que algunos años antes vió destrozadas las legiones de Pedro el Ermitaño. Despues de Nicea, cayó Edesa, se rindió Antioquía, y tras una y otra victoria aquella hueste invencible llegó delante de los muros de la ciudad, que destruyó la espada de Tito Vespasiano, y que reedificó Elio-Adriano. Como se vé, hasta aquí la marcha de los cruzados fué una verdadera carrera triunfal.

Faltaba, sin embargo, lo más importante: entrar en Jerusalem. Cercada la ciudad, un ermitaño, que moraba en la montaña de los Olivos, bajó al campamento á rogar encarecidamente á los sitiadores que asaltasen la plaza. Este prudente consejo, acetado sin discusion, produjo sensibles consecuencias. Fijada la hora comenzó la lucha. Heróico fué el ataque, pero obstinada fué la resistencia. La suerte fué contraria á los

cruzados, y entonces se convencieron de que sin medios para atacar la ciudad era imposible asaltarla, así que su mira principal se circunscribió á proveerse de maderas para construir máquinas que batiesen sus murallas, jaquellas murallas cuya tierra habia empapado la sangre de sus hermanos!

Mas escrito estaba que antes de entrar en Jerusalem debian sufrir muchos contratiempos. Al poco tiempo les faltó el agua: las fuentes y cisternas estaban envenenadas. El torrente de Cedron yacía seco y la fuente de Siloé era insuficiente para abastecer las necesidades de un ejército tan numeroso. El calor se hizo insoportable, y bajo el sol abrasador del Asia y entre los efluvios pestilentes que despedían las aguas fétidas y cenagosas que les rodeaban, enfermaron muchos, pero no por eso se entibió el fuego de sus almas.

Cuando todos los preparativos para dar el asalto estuvieron dispuestos, el ermitaño del monte de los Olivos concibió el pensamiento de efectuar una procesion alrededor de Jerusalem. Esta idea pareció una inspiracion y se aceptó con entusiasmo. El Gólgota, el pesebre de Belen, el huerto de Jetsemani, las aguas del Jordan, el lago de Genezaret, la cumbre del Tabor, todos estos sitios, que unos se veian, otros se percibian á lo lejos, y otros se entreveian en las profundidades del espíritu como evocados por la fé, y en donde en cada uno de ellos habia dejado Jesucristo estampada una huella de luz, una palabra de amor ó un signo de salvacion, debian verse, percibirse ó imaginarse para predisponer el ánimo á conquistar con la muerte la palma del martirio ó con el triunfo la corona de la gloria. La procesion se llevó á cabo con la solemnidad que debia acompañarla, y con este motivo se pronunciaron sentidos y vehementes discursos, entre los cuales merece citarse el de Pedro el Ermitaño. Este acto grandioso terminó de una manera sublime. Un juramento solemne prestado espontáneamente por todos, fue el digno coronamiento de la procesion. Preparada así la conciencia, se prepararon tambien para el combate. La aurora del 14 de Julio de 1099 fué la designada para dar principio á la lucha, que duró todo el tiempo

que el sol brilló en el espacio, pero para comenzar más encarnizada al amanecer del día siguiente. A las tres de la tarde del 15 de Julio de 1099 entraron los cruzados en Jerusalem entre charcas de sangre, montones de cadáveres y escombros de ruinas, y repitiendo la célebre frase que formó su divisa: *¡Dios lo quiere!*

La creacion de un trono que ocupó Godofredo de Bouillon y la de varias órdenes militares, fueron las consecuencias materiales de esta jornada. El rescate del Santo Sepulcro fué su timbre de honor, que pocos siglos despues se encargó de inmortalizar el génio del Tasso.

## II.

El trono que levantó la fé en la primera y más grande de estas expediciones lo minó en medio siglo la corrupcion de los que lo ocuparon y los vicios de los que á su sombra vivieron.

Zorrilla describe perfectamente aquella época en la siguiente octava:

Despues... los reyes de Salem tomaron  
La ostentacion y el aire de sultanes,  
Y con sus vicios públicos causaron  
Escándalo á los mismos musulmanes.  
Despues unos con otros pelearon  
Por oro los cristianos capitanes,  
Y hasta auxilio, en contiendas tan insanas,  
Pidieron á las tribus musulmanas.

Con tales condiciones no era posible que se afirmase aquella naciente monarquía, rodeada de tantos peligros y obligada á conservar digna y honradamente el suelo donde se asentaba, regado primero con la sangre del Redentor del mundo, y des-

pnes con la vertida por los mártires de la religion y los séres que acaudilló Godofredo.

Con tales condiciones, los esfuerzos de la primera Cruzada se hicieron inefleaces, y hubo precision de remover otra vez la Europa para consolidar el nuevo orden de cosas establecido en Palestina, y no cegar el nuevo y único camino que se habia abierto para el Oriente.

A la conmocion que produjo en el viejo mundo el eco de las victorias alcanzadas por Noradino, y sobre todo á la noticia del ataque y sucesiva toma de Edesa, siguió la predicacion de la segunda Cruzada. San Bernardo, á imitacion de Pedro el Ermitaño, la exitó con su palabra, y tuvo tal autoridad su voz, que arrastró á dos reyes, Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania, para que la formasen y la dirigiesen.

San Bernardo, despues de haber recorrido varias naciones encendiendo la fê en todos los espíritus, llegó á Etampes, en donde se celebró aquella grande asamblea, á la que asistieron embajadores de casi todos los países. Entre estos se encontraban los de Rogerio, rey de Pulla y Sicilia, los cuales iban encargados de proponer que la travesía se hiciese por mar, para la que se ofrecian á dar buques y víveres; pero habiendo sido desecheda esta proposicion, Rogerio no quiso tomar parte en la empresa, retirándose sus embajadores, no sin augurar los desastres que iban á acontecer. Desde luego era fácil preverlos. Una distancia tan considerable como la que separaba á Europa de Jerusalem, un camino inexplorado y peligroso, en el cual pereció el ejército famoso de Pedro el Ermitaño y Gualtero, *sin haber*, (¡aquella imponente hueste que se atrevió por primera vez á franquearlo!) una marcha tan difícil por entre pueblos enemigos y caudillos poderosos y á la sazón vencedores, no era la via directa y segura que debia llevar la legion expedicionaria. La mar ofrecia más recursos y ménos contratiempos. Ahorraba la efusion de sangre en la pesada extencion que se tenia que recorrer, y sostenia la disciplina, fácil de perderse en los combates sin cuento á que se veria provocada. El ejército de Noradino y las penalidades de una

campana larguísima en un país desconocido, podían destruir las divisiones de Luis y de Conrado; los buques sicilianos no era fácil que hasta el momento del desembarco encontrasen un enemigo que pudiese atajarles el paso. Pero la asamblea no creyó conveniente adoptar el medio propuesto por Rogerio, y se decidió á seguir los pasos de los que le habian precedido. El tiempo dirá si tuvo acierto en su determinacion.

Calcada en las mismas bases que la primera, esta segunda Cruzada se dividió tambien en dos ejércitos; el primero mandado por Conrado III, y el segundo por Luis VII.

Conrado salió de Ratisbona mandando una fuerte division; esta tuvo la misma suerte que la que dirigió Pedro el Ermitaño. Cheroaque, Filipópolis, Andrinópolis, el Bósforo y otros puntos, son las páginas de esa horrible historia escrita con sangre, en la que al par desempeñan los papeles de víctimas y verdugos los cruzados y los griegos. Pero su más terrible episodio tuvo lugar en las montañas de Capadocia, donde los guias que les habia dado Manuel Comneno, emperador de Constantinopla, les condujeron á una emboscada que les tenian preparada, y en la que murió todo el ejército, víctima del engaño, de la fatiga y del hambre.

La segunda division, que era mandada por Luis VII, fué más afortunada: el recibimiento que se la hizo fué brillante y su marcha encontró pocas dificultades que vencer. Sin embargo, los únicos títulos de gloria que puede presentar á la consideracion del mundo, son: el paso del Meandro y el sitio de Damasco, sitio que por fin levantó. Esto dió por resultado su vuelta á Europa diezmada, indisciplinada y hasta desacreditada.

El reino de Jerusalem, como se desprende de lo que acabamos de referir, no reportó ninguna ventaja de esta Cruzada, antes al contrario, quedó más expuesto, y fué desde entonces el blanco de la codicia de los musulmanes. Las ciudades conquistadas fueron cayendo otra vez en poder de los infieles, y hasta la misma Jerusalem tembló. Tembló, sí, porque aquella ciudad ya no fué para los cruzados el area santa que encerraba

el ideal de sus aspiraciones, y ante la cual doblaron la rodilla todos, y se acrecentó el entusiasmo de Pedro y el valor de Godofredo; ni fué tampoco la meta de sus sueños como lo habia sido para los primeros peregrinos, que reclinaban la cabeza sonriendo en brazos de la muerte, si allá en el último término del horizonte les era dado percibir las cúpulas del templo donde moró Jesús; ni menos fué la cuna donde se meció al arrullo de la mágica palabra de los apóstoles el génio del cristianismo que hoy extiende su poder de uno á otro polo; ni fué, por último, el colosal teatro donde se cometió el mayor de los crímenes y donde se convirtió el infamante madero de la cruz en la única áncora de salvacion posible para la pobre humanidad. Los cruzados que se albergaban en Jerusalem, olvidándose del deber que les imponia la empresa que habian acometido, de la responsabilidad que ante los ojos de Europa habian aceptado y de la obligacion que habian contraido de respetar á Dios los que habian vencido invocando su nombre, convirtieron la ciudad en un foco de disolucion y de crápula, y con el fango que crearon sus pasiones mancharon la cruz que decoraba sus pechos, la causa que intentaron servir y los venerandos recuerdos que brotaban por todas partes del suelo de Palestina. Aquella turba de aventureros se disputó el trono recién levantado conspirando unos contra otros, y llegó el escándalo hasta el punto de que un hijo sitiase la torre en donde se habia refugiado su madre con sus partidarios; el rey que tal hizo, fué Balduino III; su madre, Melisenda. Ante este espectáculo, no era posible que la mano de Dios guiase á los que enarbolaban su bandera.

Un nuevo caudillo dirigia el ejército musulman, un nuevo rey imperaba en la ciudad santa; Saladino y Guido de Lusignan. El primero consiguió hacerse célebre; el débil Guido de Lusignan, último monarca que ciñó á sus sienes la corona de Jerusalem, es la personificacion de la impotencia, de la ambicion y del miedo. Díganlo sinó las campañas de Tiberiada y de Hitin en donde fué destrozado su ejército y hecho él prisionero.

Despues de este desastre ya era de adivinar lo que iba á suceder.

La ciudad se preparó para la defensa, trabajó con ardor, oró humildemente, pero, sugun un cronista de aquellos tiempos, *Nuestro Señor Jesucristo no quiso escucharles, porque la lujuria y la impiedad que habia en la ciudad no dejaban subir las oraciones y plegarias á Dios.* Y así debió ser, porque á pesar de todos los preparativos no se defendió y capituló, despues de haberse descubierto una conspiracion que trataba de entregar la plaza á los enemigos, y despues de haber solicitado muchas veces de Saladino que no la asaltase.

Esta defeccion y esta cobardía, si tienen ejemplos en la historia, no serán tan repugnantes nunca como estas, si se atiende la santidad de la idea que defendian y el país donde la proclamaban, que habia sido hasta entonces la tierra clásica de los héroes y de los mártires.

La entrada de los musulmanes en Jerusalem se verificó el día 3 de Octubre de 1187.

En ménos de un siglo ¡cuánta gloria habia empañado la miseria de una raza degenerada!

C. CALVO RODRIGUEZ.

(*Se continuará.*)



# LA CUESTION DEL CAPITAL Y EL TRABAJO,

EN SU ASPECTO ECONÓMICO.

---

## I.

En la ruda batalla que al presente conmueve el órden social en sus elementos sustanciales, corresponde principalísimo puesto á la cuestion de la propiedad, bajo sus relaciones económicas, que de suyo entrañan un mundo de problemas particulares, todos ellos de esencia para la crisis histórica que amenaza concluir con la vida social, si un alto sentido moral y rectos procedimientos jurídicos no la encauzan con racional y seguro dique.

Porque si son sintoma exterior de los dolores que atormentan á las clases pobres, y preocupan el sutil entendimiento de las ricas, las constantes agitaciones del capital y el trabajo, que en cruel divorcio pugnan, con más pasión que sentimiento de lo justo, por aniquilarse y absorverse mutuamente, son tambien elocuente señal del egoismo de clase y del espíritu parcial—estrecho siempre—con que mira todavia el hombre, atento solo al individualismo perturbador y frio, todo el movimiento social contemporáneo, traído por las apremiantes y fatales necesidades de la vida, aunque contrariado por

---

el reinante desamor que en el trato y comercio social separa á los elementos más comunes y las partes dentro del todo humano más acordes.

Importa el hecho de la propiedad, no meramente á la esfera económica, como con indiferencia, tomada de un exagerado y mal entendido idealismo, han venido sosteniendo ciertas escuelas históricas, sino que, por el contrario, en la provechosa trabazon del orden social, es la propiedad, asunto que lleva su influencia á la esfera moral, á la política, á la ciencia y demás, tocando en cada una de ellas de modo diferente, pero de lleno en todas, al igual que el último concreto hecho legislativo influye en el sentido entero del pueblo, que á su vez representa.

Si con espíritu reflexivo y severa atencion hubiésemos llevado á los problemas económicos el caudal de la experiencia, y con ella un ideal social y jurídico, un principio moral, una ley de razon, ciertamente que no sentiríamos ese apartamiento, un tanto soberbio, por estas cuestiones, que abandonadas á las doctrinas puramente economistas, jamás han de hallar verdadera solución, y que han de mantener, en cambio, la lucha de clases y el alternativo y perjudicial reinado de un interés enfrente del que se juzga interés opuesto.

El socialismo, protesta natural contra ese egoismo llamado rey del mundo y contra el organismo ficticio de todas las componendas sostenidas por los partidarios del *laissez faire*; y la misma Internacional, evolucion última que ha extremado el sentido socialista, haciéndolo doblemente sectario, no traerian conturbado el pensamiento ni entristecido el corazon de esta enflaquecida sociedad, que solo se preocupa del incendio cuando advierte el resplandor de las llamas ó se siente molestada en su delicadísimo oído por los quejidos de las víctimas que caen, si á las protestas de los hombres y á la acerada crítica de las escuelas sólo se respondiese con principios de justicia y soluciones efectivas, no con huecas declamaciones por una parte, y por otra con utopias que añaden á la enferme-

dad el dolor del desengaño, el más agudo, sino el más incurable de todos los dolores sociales.

En cada acto humano va impreso todo lo que es nuestra naturaleza y en cada hecho económico palpita el sentido, el carácter, las virtudes y los vicios de una civilización; obligando esto á las ciencias particulares y de aquí á la Economía á recibir la luz de la ciencia primera en la unidad del conocimiento, no en modo alguno del estudio aislado de sus particulares problemas.

Hoy expia la sociedad su error, repetimos, con la crisis económica presente, y con los dolorosos anuncios, protestas y críticas contra esos estrechos moldes en que hasta aquí hemos encerrado al orden económico, olvidando su carácter social y sus profundas relaciones con la vida toda: que, si á la constitución de ese orden hubieran presidido principios y no intereses, leyes naturales y no el egoísmo de clase, el carácter humano general y no individualista sólo, la propiedad tendría una robustez histórica que la haría entonces sagrada, y no blanco, como hoy, de los rudos ataques de las existencias reformistas. Otra fuera, en realidad, la vida moral, si el monopolio de la propiedad no hubiese endurecido el carácter de unos, inspirado la codicia de otros, y afirmado la más honda división entre los hombres. Distinta también la suerte de la justicia, si en vez de ser buscada como provecho de individuales privilegios que produzca y asegure los bienes é intereses personales y satisfaga todos los apetitos, fuese el derecho condición para los fines generales humanos, elemento de la coordinación social, garantía de la vida común y del respeto fraternal entre los hombres.

Y ¡cuán grandiosas, por último, las especulaciones de la ciencia, si á ella trajéramos el espíritu puro y sin mezcla de torpes ó vanidosos deseos que, mal logrados en la esfera económica, llevamos á la científica, tomándola á las veces como simple medio de mezquinos provechos, y no cual fin sagrado que debemos cultivar!

II.

Es la propiedad *natural* (que de otro género aquí no hablamos) condicion inherente al hombre, que en cuanto sér físico se relaciona con la Naturaleza, de quien recibe la mitad de su vida, sirviéndole de madre para su cuerpo, de cielo para su fantasía, de objeto para el pensamiento, de estímulo para el corazón y de teatro para su historia.

Porque la Naturaleza, á quien debemos los elementos exteriores, que nos dan forma en nuestra carrera por el mundo, constituye con nosotros primeramente esa relacion general, y de aquí luego relaciones particulares de todo hombre, como individuo, con cada esfera determinada en ella, componiéndose así la union de la Humanidad con la Naturaleza, primer fundamento de la propiedad. Esto hace que el fin económico sea el de obtener condiciones materiales para nuestros restantes fines, y que cada sér humano deba buscar la parte natural (no precisamente *de suelo*) más adecuada al especial objeto que cultiva, segun su vocacion y destino general en el mundo. Por esto, v. gr., afirmamos que el Estado no debe, puesto que no es su fin la industria, desempeñar funciones industriales.

No han mirado así en verdad, y por desgracia, gran parte de los economistas la cuestion, llegando á afirmar por el contrario que la propiedad no es sino medio concedido, ya por la suerte, ya por la herencia, ya por el trabajo, para nuestro solaz ó descanso. Y al propio tiempo afirman que el mundo físico es solo esclavo de nuestros apetitos, que nada le debemos y que con él no tenemos ni relaciones de coesencialidad, ni deberes reales en la vida. Torpe sentido que por igual sostienen muchos individualistas y la mayoría de los socialistas y comunistas, así como los nuevos escolásticos de la escuela teológica.

Ahora bien: entendido así (sin que podamos entrar en análisis detenidos) el fin económico, y asentado el objeto de la Economía, tenemos ante todo que afirmar que el hombre aspira á obtener de la Naturaleza, por la produccion, el organismo de las condiciones, ó medios para su vida compieta; que estos medios deben hallarse en armonía con lo peculiar de su individual destino, que por lo mismo cada hombre cultiva en la Naturaleza una parte y género de fuerzas (idea de la division racional del trabajo); y que dichas condiciones, dadas por ésta al sér humano, no le son concedidas, sino cuando él se las apropia, esto es, relacionándose con ella mediante su trabajo.

De aquí, pues, tenemos, partiendo de este concepto vulgarísimo y primario, que la remuneracion es segun el fin que ha de satisfacer, y que debe responder á cada particular carácter del individuo un peculiar género de condiciones físicas.

Viene por esto á formar el órden económico la sociedad misma, considerada bajo las relaciones que mantiene con la Naturaleza mediante la necesidad de apropiarse las condiciones que ésta produce y que nos son útiles en tanto que nos sirven para nuestros fines; porque en modo alguno hay que entender el objeto económico como aislado de los demás, ni tampoco cual un medio sin relacion con los fines generales de la vida. Así como por esto la obra económica abraza dos partes: la produccion y el consumo, representando la primera el arte de lograr los productos, y siendo el consumo propiamente la aplicacion efectiva de éstos al fin, de los medios á la necesidad.

Ahora bien: el hombre, como director de esta relacion, pone en la produccion su idea, que da la norma de la obra. su instruccion, que se traduce en habilidad, perfeccion del producto, etc., su sentimiento, que es expresado por el interés y cariño que su obra le inspira, y su esfuerzo complejo, graduado y medido en cada caso, llevando al mundo natural todas sus propiedades y facultades, y ayudándole a su vez la Natureleza con sus fuerzas tambien y con todos los elementos físicos que constituyen su modo de ser y de vivir.

Segun esto, el hombre cumple dos funciones distintas en la produccion: una, que podemos considerar como base de la otra y que se refiere á las condiciones todas que forman la potencia, el poder, el sistema de medios para producir; y la otra, que es la actividad concreta, el ejercicio de aquellas fuerzas, determinadas ya hácia el fin: poder y accion que en todo hecho pone el hombre siempre.

Si al primer momento llamamos *capital* y al segundo *trabajo*, tendremos que el capital se constituye con todas las condiciones, elementos y medios que sirven para producir, y que el trabajo, en cambio, es la accion de aplicar á su fin estos mismos medios y condiciones, de donde se deriva la natural armonía, injustamente negada por muchos, de ambos elementos económicos, y dedúcese á la par, contra lo que han sostenido individualistas y socialistas respectivamente, sembrando luchas y antagonismos, que el capital y el trabajo se completan y necesitan; sin que podamos admitir que uno ú otro elemento sea el esencial y mucho ménos que de cualquiera de ellos aisladamente se derive la propiedad, porque ni la produccion se realizaria sin el trabajo que mueve y dá vida al capital, ni ese trabajo puede ser considerado como una abstraccion, como un medio vacío, suprimiendo lo que forma su contenido, que es el capital.

Producir es puramente *hacer*, y no cabe hecho alguno humano exterior sí á él no contribuyen la inteligencia, el sentimiento, la voluntad, las fuerzas naturales, en suma, todos los medios, los materiales, los poderes y energías acumulados que ha de expresar concretamente el objeto. La máquina, la estátua serian imposibles si uno solo de éstos elementos dejára de concurrir á su creacion. ¿Cómo, pues, suponer, ora que el capital, ora que el trabajo, lo son todo en la produccion? y ¿cómo afirmar que se rechazan uno á otro?

Hay, pues, en todo producto económico, por lo que al hombre se refiere, esos dos elementos de valor y estima, como los hay igualmente por parte de la Naturaleza. Y como quiera que sabemos que todo lo que sirve para un fin ó una necesidad es

útil, y de aquí que esta utilidad en el mundo económico la tienen cuantas condiciones ó medios sirven para satisfacer, bien una exigencia, bien una obra producida, tendremos que el capital y el trabajo, tanto del hombre como de la Naturaleza, son útiles económicamente, pues según la doctrina de la utilidad, la utilidad económica es solo una parte de aquella en general. Según esto, el capital tendrá tanta utilidad cuanto se deribe del servicio que preste y de igual modo el trabajo toda vez que cada objeto encierra una mayor ó menor utilidad según la necesidad que satisface, siendo solo apreciable, por tanto, en vista de la relación mantenida en cada caso entre la exigencia que reclama el objeto (el producto) y las propiedades de este último para responder á aquella. Y la estimación de lo útil, la cantidad de utilidad de las cosas, sabemos que es el valor. Rossi lo ha dicho admirablemente: «La utilidad es la base del valor», pero no esta misma propiedad, como Passy y el mismo Say equivocadamente afirman.

De aquí nace que, si útiles son el capital y el trabajo, capital y trabajo tienen valor y ambos merecen ser remunerados, según el carácter particular de cada uno y la importancia respectiva de sus servicios.

### III.

Mas al llegar á este punto, antes de determinar la distribución de los beneficios que en la obra económica corresponden á cada uno de los elementos que la realizan, ó sean el capital y el trabajo, es exigido notar, sin análisis ajenos á nuestro objeto presente, la ley del *precio*, que ha de fundar en justicia la remuneración debida á los factores del producto. De esta suerte, señalados los caracteres del capital y el trabajo, sus fines respectivos, solo resta mostrar por el precio (según

su regla natural) la parte y forma en que ha de ser aquella concedida.

Ante todo, y prescindiendo de las diversas teorías erróneas sentadas por aquellos economistas que pretenden establecer en la oferta y la demanda la ley del precio, siendo así que ambos términos solo sirven de manifestaciones de la producción y del consumo en el mercado, pero sin otro real y verdadero sentido; y prescindiendo asimismo de la funesta doctrina que pone la base del precio meramente en la acción, en el esfuerzo humano, negando estimación y sustantividad á los elementos de la Naturaleza, que considera dones *gratuitos* (confundiendo la forma del valor con el valor en sí y como propiedad de relación, pero esencial, de los objetos), cúmpenos afirmar que el valor y el precio son términos unidos en el objeto económico, el primero, como la cantidad de la estimación *real* de cada hecho y elemento, tanto del capital y del trabajo (objetos en sí) como del producto ó resultado de los agentes económicos que en relación lo causan; y el precio, cual la última concreta determinación del valor mismo, en cada caso y momento; el valor, propiedad relativa á lo que el objeto, por ser tal, por lo que es, representa propiamente; y el precio, este valor determinado individualmente, en el último límite, forma expresiva y práctica en que se traduce y *cambia*.

Nace de aquí la sustantividad del valor, y por tanto la afirmación (siempre desconocida) de un valor en los objetos, fuerzas, etc., de la Naturaleza, por lo que son, significan y *valen*; en los agentes económicos por parte del hombre, su capital y actividad, y en el producto compuesto y de relación. Y dedúcese, sin esfuerzo, que hay una ley propia, esencial, no sujeta á los accidentes mudables del mercado en el precio: ley que por tanto está sobre la oferta y la demanda, y no se origina de ella, sino que, por el contrario, las regula constantemente.

Cada producto es un resultado de la coordinación del capital y el trabajo del hombre y de los agentes de la Naturaleza; representando, por esto, una relación general de valor y rela-

ciones particulares en ellas contenidas. El valor del capital se estima segun lo que es y su fin en la obra del trabajo del hombre, de los bienes y actividades naturales, todos ellos segun sus fines tambien, y de aqui el valor, en su unidad, como comprensivo de los valores parciales que estas várias relaciones afirman. No cabe, pues, valorar sólo el hecho del hombre, su trabajo y su capital, sino que además hay que valorar la Naturaleza, que ayuda *positivamente* al producto económico, y no cabe prescindir, para determinar el precio, de los valores representados por los agentes físicos.

Segun esto, la ley del precio, la propia ley anterior y superior al mercado y sus mudanzas, está en la naturaleza del producto, en lo que es, en su utilidad, en lo que *vale*: siendo el valor, pues, la base, el fundamento racional del precio. Así lo expresaron dos economistas distinguidos, aunque tomando la forma por ley: afirmando el uno, Ricardo, que *los gastos de produccion* eran la ley del precio, como la suma de valores (poniendo el precio como determinacion *fija* del valor, aún cuando creyendo que la suma es la ley misma), y declarando el otro, Rossi, que el valor es cualidad positiva en los objetos.

Ahora bien: estas someras consideraciones, que piden con razon ser estudiadas y desenvueltas por la Economía, hasta hoy poco cuidadosa de este problema fundamental, y las anteriores afirmaciones, nos dicen claramente: 1.º, que para fijar en justicia el precio de los productos, es antes ineludible exigencia determinar el que corresponde á cada término componente de la produccion; y 2.º, que segun sea el carácter propio del capital y el trabajo, así en el hombre como en la Naturaleza, será tambien lógicamente la forma de la remuneracion en la distribucion de los beneficios económicos.

Y conforme á lo sentado al comienzo de estas indicaciones, tenemos: que el capital es elemento *permanente fijo*; que el trabajo es *cooperador, accion*, y por tanto elemento temporal, pero de esencia, en la obra económica. Dedúcese, pues, que ha de ser de carácter permanente la retribucion del capital y en

modo alguno periódica, toda vez que *siempre* existe dispuesto para servir en su función: la *renta*, como beneficio *regular y constante*, es, pues, la forma justa y racional que corresponde á la retribución de los capitales, su precio verdadero: renta formada de los varios valores parciales que el capital, sus elementos, su constante conservación, etc., representan.

El trabajo á su vez debe ser remunerado como su fin temporal indica; esto es, mientras la acción se realiza y cumple, terminando en el punto que concluya la actividad de la obra y producto. Por esto, la remuneración debe ser el *salario*, precio natural, que dura mientras vive el trabajo; comprendiendo en aquel los valores parciales que representa éste, tales como la cantidad del esfuerzo, su calidad, duración etc.

#### IV.

Mas al llegar aquí cúmplenos entrar en la más importante observación, por lo que al trabajo respecta, sin la cual nada útil y práctico para la contienda económica habríamos logrado, observación que se desprende de las consideraciones expuestas, á saber: que si el trabajo es solo la *acción*, el *movimiento*, la *fuerza* que realiza, jamás se da aisladamente en el obrero, sino que, por el contrario, tiene como base de la actividad (que siempre entraña contenido) el capital propio con que actúa. El trabajador no solo mueve sus brazos, si que tambien pone al servicio de la producción su inteligencia—en mayor ó menor grado—su aptitud para el arte que ejerce, sus conocimientos y aún la potencia misma de su esfuerzo corporal, objetos todos ellos que tienen utilidad, y por tanto valor, y de aquí un precio que debe ser conocido.

Considerar al trabajo exclusiva y aisladamente, equivale á pensar que el hombre obra como máquina, dividiendo abs-

tractamente la naturaleza humana; error inconcebible, pero con harta ligereza sostenido por algunos economistas.

Jamás ejercita el hombre su actividad física, aún en las artes mecánicas, sin llevar como guía su idea, su reflexión, su voluntad y las cualidades todas de su ser, y en este sentido es *capitalista* el obrero que actúa en la obra económica, y en modo alguno meramente trabajador material. Al modo que el capitalista es trabajador, ya por la vida y formación del capital, ya porque las funciones de éste piden actividad y esfuerzos en equel.

La remuneración, pues, del trabajador le es debida, en parte como trabajo y en parte como capital, según la importancia de sus servicios y las condiciones que requiera de él la función realizada.

Ahora bien: tenemos que los beneficios de la producción se descomponen en renta del capitalista y salario *compuesto* para el trabajador; aparte del pago que reclama y obtiene necesariamente la Naturaleza por su cooperación y ayuda; pago que ésta recibe á su modo, según su índole, ó sea en abonos, labor, etc., que como medios para su vida física, belleza, nutrición, etc... alcanza de la benéfica mano del hombre que la cultiva.

Pero ¿y cómo obtendrá el obrero ese salario compuesto, que de propio derecho le corresponde? ¿Cómo percibirá el beneficio? ¿Acaso adquirirá co-propiedad en la tierra, en la industria, por ejemplo?

Expusimos hemos dejado para último lugar esta cuestión, que viene á ser la fórmula concreta de todo lo anteriormente expuesto, pero que necesita ser deducida además de un nuevo término importante, cuya consideración reservamos para este punto, á saber: qué significa, cuál es el sentido de la remuneración; y esto se enlaza con los primeros conceptos que al comenzar este trabajo hicimos notar, por lo que á la propiedad natural se refiere.

La remuneración significa el todo de condiciones que cada hombre recibe por propio derecho, para la realización de sus

fines en la vida, y á cambio de los medios que en la relacion y union social se deben y prestan libremente, mediante el trabajo, los hombres todos.

Estas condiciones legítimas no se logran para estériles ó egoístas aspiraciones; sino al contrario, para emplearlas en provechosas y justas necesidades. De donde nace el *consumo* ó aplicacion de los medios al fin de la existencia, y la *reproduccion* ó aplicacion de los medios á nuevos fines económicos.

Despréndese de aquí que cada hombre debe recibir esas condiciones que remuneran y pagan sus esfuerzos, en la forma propia de las aplicaciones que de ellas ha de hacer, pero entendiendo siempre que la propiedad de esos medios es *una condicion* para útiles y sagrados objetos en la vida; de donde tenemos que es erróneo el mezquino sentido reinante de creer que la propiedad es sólo goce sensual de los bienes físicos, como al propio tiempo, que los medios naturales han de obtenerse en armonía con el género de esfuerzos y condiciones puestos al servicio de la produccion, siendo equivocada opinion la que sostiene que debe poseerse la tierra, v. gr., en comun, toda vez que los beneficios obtenidos como remuneracion, entendidos en el concepto de condiciones, no llevan en sí la propiedad inalineable de la obra misma que se realiza.

El capitalista que pone *capitales naturales*, el suelo, por ejemplo, percibir debe primeramente medios naturales, *los frutos*; y al obrero, que pone *capital inteligente* y actividad, trabajo humano, corresponde el salario compuesto (valor y precio de su capital y esfuerzo), en condiciones movibles, cambiables desde luego (dinero), que por su forma le permitan á la vez obtener nuevos objetos de propiedad.

El capitalista *queda, permanece*, fijo en su capital necesariamente. El obrero *pasa, cambia*, muda su accion á otro género de producciones y servicios. Por esto necesita llevar su salario como su personalidad económica en accion. Y tanto es así, cuanto que, con la comunidad del capitalista y el trabajador en la propiedad del primero, tendríamos negado el concepto de ésta.

1.º Porque el capitalista que posee ha individualizado la propiedad y la ha puesto como objeto determinado de sus condiciones.

2.º Porque si es exigido que el propietario tenga su aptitud en armonía con el fin de vida industrial ó económico, resultaría que el trabajador al ser co-propietario se vería obligado á no ejercitar su accion en otra esfera que la del objeto temporalmente cultivado.

3.º Porque confundiríamos el carácter y sentido de lo permanente del capital con el carácter y sentido del trabajo.

4.º Porque seria preciso, para admitir la comunidad, suponer la identidad de vocacion, medios y aptitudes, en capitalista y obrero.

Y 5.º Porque la retribucion de este modo hecha, anularia la ley del valor y su forma concreta (precio), ántes explicada, aparte de la injusticia notoria de dar al trabajo, en formas y cualidad, la remuneracion correspondiente al capital, que lleva condiciones distintas á la obra de la produccion.

Y por lo que hace á la libertad personal y á la libertad económica (nótese esto bien), anularíamos ambas cualidades esenciales negando al bracero la facultad de elegir nueva industria en que formar su profesion, y haciendo imposible el cambio que entre capital y trabajo, como entre consumo y produccion, debe existir necesariamente.

Con estas brevisimas consideraciones, que aqui no es ya posible desenvolver, creemos sentados algunos términos, si no todos, para venir á la solucion, por el derecho y la utilidad de consuno reclamada, de la armónica distribucion de los beneficios económicos.

JOSÉ LUIS GINER,

Prof. de «Economía» en la Escuela de Administración Militar.

*(Revista de la Universidad de Madrid.)*

---

## MISCELÁNEA.

---

### DESARROLLO DE LOS VEGETALES.

---

Las dimensiones que llegan á alcanzar ciertas especies o ciertos individuos, lo mismo que su duracion, ofrecen fenómenos muy curiosos, de los cuales vamos á dar á conocer cierto número.

*Baobales.*—Los árboles de este nombre, cuyo fruto se llama *pan de monos*, no levantan del suelo más de 20 á 25 metros; pero su grueso es monstruoso. Tienen comunmente 40 metros de circunferencia, es decir, 13 metros de diámetro próximamente, y se han visto algunos que no podian apenas ser abarcados por 17 hombres, unidos los unos á los otros con los brazos extendidos. La copa de los baobales se corona de numerosas ramas, algunas veces de 20 á 25 metros de longitud, y cada una igual á los mayores árboles de nuestros bosques. Estas ramas exteriores se extienden primero horizontalmente, inclinandose despues hasta el suelo, ocultando el tronco enteramente. Los baobales de las islas de la Magdalena, en el Senegal, tienen de 10 á 12 metros de diámetro; ateniéndose á los cálculos de Adanson, su edad no baja de 5 á 6.000 años; su existencia es, por lo tanto, muy anterior á la de los monumen-

---

tos más antiguos de la India y á la de las Pirámides de Egipto.

*Encinas.*—Plinio cita una que existía en su época en el Vaticano, y cuya edad, atestiguada por una inscripción etrusca probaba que tenía más de siete siglos. También hace mención de otra que de un solo brazo había producido diez ramas de cuatro metros de diámetro, y de otra tercera en la cual el cónsul Memius encontró un asilo con su comitiva. Diodoro de Sicilia habla de la enormidad de los troncos de las encinas de los montes Herens, en Sicilia; Ray dice que existían en Wesfalia encinas de 45 metros de altura, y cita una, entre otras, que servía como una especie de fortaleza.

Evelyn cita unas encinas de Inglaterra, cuya existencia es anterior á la conquista de los Normandos en 1066. De este número es la del bosque de Windsor, conocido por el nombre de *encina real*, *king oak*, cuya circunferencia es de nueve metros próximamente. Está enteramente hueca; su cavidad es de una longitud de unos tres metros, y la abertura que le sirve de entrada tiene 1,<sup>m</sup>50 de altura por 0,<sup>m</sup>75 de ancho. El mismo autor ha descrito la encina de Walbelk, en el condado de Hottlingham, llamada *encina del valle verde*. Tiene 11 metros, y su mucho tiempo le ha ahuecado de tal modo, que se ha establecido en su tronco una comunicacion por la que puede pasar un ginete muy holgadamente.

En el Categat, en Dinamarca, existe la famosa *encina de Nomkovv*, de 25 metros de circunferencia, y segun la tradicion, 1.000 años de vida. En el monte Jura, en el sitio llamado de Gantenar, existía otra, cuyo tronco era de tal diámetro, que en su interior se había practicado una habitacion en la que cabían una mesa y nueve sillas. En un bosque, cerca de Bourg, departamento de Ain (Francia), existen dos encinas, que estando á cuatro metros una de otra, reúnen sus ramas á cierta altura, formando un solo árbol.

En el pueblo de Labes, departamento de los Bajos Pirineos, existe otra de 19 metros de circunferencia; está hueca y forma en el interior una sala de siete metros de circunferencia, con una elevacion de 6,<sup>m</sup>50.

*Olmos.*—Ray refiere que un olmo de 16 metros de circunferencia, habiendo sido cortado, solo sus ramas produjeron 48 carros de leña, y su tronco, produjo 2.771 metros de tablas.

El olmo más célebre que ha existido en Francia es el que se veía cerca de Gisors, de una magnitud tal, que á su sombra podían resguardarse de los rayos solares 6.000 personas. Se conoce por el nombre de *Olmillo herrado* (*Ormeteau ferré*), cuyo nombre procede de que estando los ingleses acampados debajo de él, se burlaban de los franceses expuestos á los rayos abrasadores de la canícula. Estos últimos, para vengarse, formaron el proyecto de cortar el árbol durante la noche; pero sabido por los ingleses, le cubrieron también de hierro, que sus hachas se embotaban en los flancos invulnerables del olmillo. Su tronco, derribado, permaneció mucho tiempo revestido con su armadura, y el terreno donde estaba llegó á ser el lugar de reunion de los que querían tratar ó transigir en sus contiendas políticas.

En el condado de Oxford hay también otro olmo cuya circunferencia es de 30 metros.

*Hayas.*—A media legua de Domremy, en la parte baja de un bosque, y cerca del camino que conduce á Neufchâteau, existía una grande y antigua haya que los naturales del país llamaban *Mayo hermoso, árbol de las damas y árbol de las hadas*. Cada primavera reunía este árbol bajo su sombra á los señores y castellanos, después á los jóvenes de la comarca, y suspendían de sus ramas guirnaldas y coronas de flores. La célebre Juana de Arco hizo varias veces su romería al *Mayo hermoso*, trayéndose consigo guirnaldas para coronar la imagen de la Madre del Salvador, en Domremy.

En Chantilly existía también una haya perfectamente recta, de 30 metros de altura por 13 de ancho.

*Plátanos.*—La isla de Cos tiene un plátano de una dimencion prodigiosa, y al que los habitantes rinden una especie de culto; las ramas de este árbol estan sostenidas por soberbias columnas de mármol y de granito, que atestiguan la antigua

magnificencia del templo de Esculapio, tan venerado en esta isla. Dicese que cuenta 2.000 años de existencia.

Plinio hace mencion de un plátano de Lycia, llamado *La gruta vegetante*; estaba hueco y se veian en él bancos de musgo, en los que descansaban los viajeros, y el cónsul Mutianus habia cenado y dormido en él con 21 personas de su servidumbre. Tambien se cita otro plátano de Velletri, en el que Caligula dió un banquete á sus favoritos.

En el valle de Bujuk Deré, situado á algunas leguas de Constantinopla, se vé un plátano compuesto de siete troncos reunidos por la base y cuya circunferencia total es de 50 metros. Los griegos, los armenios y los turcos se reunen los dias de fiesta bajo su sombra.

El plátano era ya célebre en los tiempos de la guerra de Troya, por su desarrollo y duracion, causa por la que se le plantó en la tumba de Diómedes, considerándole entonces como el árbol más hermoso de la tierra.

*Abedules*.—Existen en Islandia abedules que tienen más de siete metros de circunferencia.

*Arces*.—Cerca de Ferry-Horrel-Carolina, á orillas del rio, del lado de York, hay un arce sicomoro de 35 metros de circunferencia. Su interior ofrece bastante espacio para contener siete hombres á caballo.

Próximo á Trons, en el condado de Crisons, se encuentra un arce bajo el cual se juraron las ligas en 1484. En esta época debia tener un siglo por lo menos. A seis metros del suelo tiene ocho metros de circunferencia.

*Fresnos*.—Ray habla de un fresno de 43 metros de circunferencia, que existia en su tiempo en Inglaterra. En 1825 se cortó en el cementerio de Nitwettinhem, en la Frisa, un fresno cuyo tronco tenia ocho metros de circunferencia en la base. El coste de corta, aserrado y transporte, subió á la suma de 525 francos.

*Tilos*.—En Suiza, en los alrededores de Morgues, se ven tilos de una magnitud prodigiosa. El tilo de Trons, en Grisons,

célebre ya en 1424, tenía en 1799 cerca de 17 metros de circunferencia.

Después de la batalla de Morat, ganada en 1476 por los suizos á Carlos el Temerario, los vencedores plantaron en Fribourg un tilo que subsistía aun en 1831, y que tenía entonces 12 metros de circunferencia.

En Rusia existe uno, á la sombra del cual, pueden resguardarse 3.200 personas.

El tilo del castillo de Chaille, cerca de Melles, en el departamento de Deux-Sèvres, tiene 15 metros de circunferencia y 588 años de edad.

*Cedros.*—Plinio habla de un cedro de 43 metros de altura. Los árboles mayores de esta clase, que Labillardière midió en el Líbano, no tenían más de nueve metros de circunferencia.

*Pinos.*—Los pinos de los Alpes, llamados *Weters chirn*, ó *resguarda tempestades*, pueden resguardar en efecto un rebaño entero. En Gefle, Suecia, se vé un pino silvestre que tiene 20 metros de circunferencia y cinco siglos de edad. El pino de Chili alcanza una elevación de 80 á 90 metros. El pino Lambert, de la California, tiene una elevación casi igual y una circunferencia de 16 á 20 metros.

*Abetos.*—De Fontaines cita en su obra un abeto de los Pirineos, en el cual se pretende haber contado 2.500 capas concéntricas, lo que le dá una existencia de 25 siglos. En la parte inferior de la pendiente meridional del Montblanc, hay un abeto conocido por los naturales con el nombre de *Cuadra de las gamuzas*, porque sirve de resguardo á estos animales durante el invierno. Tiene 7,<sup>m</sup>62 de circunferencia al lado de la raíz, y su tronco conserva un grueso de 4,<sup>m</sup>80.

En el monte Pilate, en Suiza, se vé otro de cuyo tronco salen nueve ramas, y en las extremidades de cada una sale otro abeto muy robusto; de modo que este árbol tiene la forma de una araña con sus correspondientes bujías.

*Cipreses.*—Se vé en Somma, cerca de Milan, un ciprés cuyo tronco tiene cuatro metros de circunferencia. En Galata existía otro que había llegado á tener siete metros. Cerca de

Tenta, en Méjico, se encuentra otro que se cree tenga 14 o 15 siglos de existencia.

*Tejos.*—Ray habla de un tejo que tenia más de 16 metros de circunferencia. Los tejos del condado de Surrey, que segun dicen, existian ya en tiempo de Julio César, tienen una circunferencia mayor. El de Fotheringal, en Escocia, el cual ha sido descrito por varios autores, y recientemente por Gilpin, tiene 18 metros de circunferencia. El de Braburn, en el condado de Ken, tenia cerca de siete metros de diámetro, y de edad, segun pretendian, de 25 á 30 siglos.

*Moreras.*—En el Mediodia de Francia, y en Italia, se ven moreras cuya circunferencia varia de uno á ocho metros de diámetro.

*Castaños.*—El célebre castaño del Etna, conocido por el nombre de *centum cavalli*, y de los *siete hermanos*, al que se cree tan antiguo como el mundo, tiene el centro abierto por su vejez, y no queda ya más que la corona de la albura, dividida en siete troncos, que se levantan como otros tantos árboles, y que tienen aun ramas enormes. Se valúa su circunferencia en 64 metros. El Etna ofrece además otros castaños notables. Honel ha medido uno que tenia 51 metros de circunferencia.

El castaño de Vaneza, en el territorio superior de Vanogono, tiene 45 metros de circunferencia, y el de la montaña de Viterbo tiene próximamente lo mismo. En Marala, en los Apeninos, hay otro de 53 metros de circunferencia.

*Nogales.*—En el pueblo de Kikneiss, en Crimea, hay uno, mirado como el más notable de toda la comarca, y que los años buenos produce, segun dicen, de 80 á 120.000 nueces, estimadas en 480 á 720 rublos. En Pælagachée, pequeño pueblo del distrito de Fingneute, en Istria, existe un nogal cuya inmensa copa puede cubrir 5.000 personas.

En 1850 se echó abajo en el valle de Montmorency, cerca de Paris, un nogal que tenia cinco metros de circunferencia á la salida del tronco, pero su ramaje habia alcanzado mayor desarrollo. Producia comunmente de 30 á 40.000 nueces, habiendo llegado en 1811 á 45.000

*Olivos.*—Se encuentran, en las cercanías de Jerusalem, olivos que se veían ya en tiempos de las cruzadas, algunos de los cuales datan de la época de Jesucristo.

El olivo de Piscio, en Italia, tiene siete metros 63 centímetros de circunferencia. El de Manghano, en Toscana, tiene 30 metros de contorno. Existe en Puerto-Mauricio, en la provincia de Génova, á media legua del pueblo de Caramayno, un olivo que tiene ocho metros de circunferencia en la base, y produce 275 kilogramos de aceitunas finas.

En Villafranca, Pirineos orientales, se vé otro olivo de 10 metros de circunferencia. Bouche refiere que á fines del siglo XVIII existía en el territorio de Ceireste, en Provenza, un olivo cuyo tronco estaba hueco, y tan grande, que podía contener hasta 20 personas. El dueño habitaba en él con toda su familia durante el verano, y aun habían arreglado un pequeño espacio para el caballo.

*Arboles frutales.*—Elevyn cita un peral de cerca de dos metros de diámetro. Existe otro en Dieppe, de edad de 150 años, cuyo producto medio es de 6.000 peras al año.

Se vé en la orilla del golfo de Nicomedia un guindo silvestre que tiene tres metros de circunferencia y más de 34 de altura.

En el parque de Windsor hay una cepa, de edad de 50 años, que en 1843 estaba cargada de 2.350 racimos; esta cepa tenía entonces 46 metros de ancho por nueve de altura.

Un tal Billot, carpintero de Besançon, plantó en 1720, en una de las esquinas de su casa, un sarmiento de moscatel blanco que se extendió por la pared y el tejado, donde se puso una galería de madera de 12 metros de longitud por tres de ancho para sostener sus hojas. Después esta cepa ganó también las casas vecinas, que cubrió con sus ramas. En 1731 esta cepa produjo 4.206 racimos, y tomó tal desarrollo, que suministraba al propietario toda la uva que necesitaba para su consumo, y además 138 azumbres de vino al año.

En 1775 se veía en las cercanías de Meaux una cepa que se encontraba enlazada al tronco de un manzano, y que pro-

ducia ella sola dos toneles de vino. En el año de 1822, monsieur Desmarets, propietario de Tavel, departamento de Gard, tuvo una parra de uva moscatel que producía racimos de un metro de longitud y de un grueso relativo. Se veía no ha mucho en el castillo de Ecouen, una mesa que se había hecho de un tronco de cepa monstruosa.

*Arboles diversos.*—La especie del género *ficus* ofrece en su país natal fenómenos de vegetación extraordinariamente curiosos. En el *hortus malabaricus* se habla de una de estas higueras que tenía cinco metros de diámetro. En la *Historia de la China* se cita una higuera que se encuentra cerca de la ciudad de Kien, y que es tan vasta, que una sola de sus ramas puede resguardar á 20 carneros. Otra de la provincia de Chekiang, tiene cerca de 130 metros de circunferencia.

Uno de los vegetales más susceptibles de ofrecer imágenes imponentes y pintorescas á la poesía, es la higuera de los Banianos ó árbol sagrado de los que le plantan en sus templos y en sus tumbas. Sus enormes ramas se extienden magistrosamente y dan lugar á una especie de raíces que descienden hasta el suelo á modo de enredaderas, al hundirse en la tierra se convierten en nuevos troncos, que se rodean á su vez de numerosos vástagos, formando una especie de selva. Algunas veces también estas raíces aéreas cubren una porción de edificios, de los que toman la forma; estos árboles nacen al lado de enormes pilastras, á las cuales adornan con su vegetación; otras veces también hallan una humedad benéfica en el seno de árboles diferentes que unen sus flores á sus hojas. Por último, van á buscar la vida hasta en las grietas de las murallas arruinadas y de los monumentos antiguos; pero en este caso destruyen lo que han embellecido. A la sombra de estas higueras van á entregarse á la contemplación los religiosos de la India.

La más célebre de estas higueras es la de Kebir-bor, situada en la isla de este nombre, en las Indias Orientales. Este árbol cubre con sus ramas unas cinco ó seis fanegas de tierra, y tiene tal altura, que se le vé en una extensión de algunas

leguas. Al Este, el río baña sus raíces, y al Sud y Oeste existen bancos de arena que el mar cubre en las grandes mareas. Cuando el río sale de madre, á fines de la estacion lluviosa, se inunda toda la isla, lo que obliga á sus habitantes á buscar un asilo sobre las ramas de este árbol, allí permanecen semanas enteras hasta que las aguas se retiran, siendo tal la rapididad de la corriente, que ninguna embarcacion puede maniobrar.

Existe, entre los indios, la siguiente tradicion sobre este árbol: un tal Keybir, reputado por su santidad, habiéndose limpiado un dia los dientes con un pedacito de madera, lo arrojó al instante al suelo, donde echó raíces y llegó á ser, con el tiempo, el fenómeno vegetal que hoy se admira. Despues de su muerte, este hombre tuvo los honores de la Apoteosis, y su estatua se ve en un gran templo cerca del tronco más antiguo, el cual se cree ser el mondadientes que dió origen á esa higuera. Los habitantes de la isla van con gran devocion á este templo que atrae además un gran número de extranjeros.

El *Mea*, otra especie del género *ficus*, y que se encuentra en Tonga-Tabou, tiene de 30 á 36 metros de circunferencia por 40 de elevacion. Este árbol está consagrado al soberano de Tonga, el cual, despues de su coronacion, va á colocarse bajo su sombra con la corte y su numerosa comitiva.

«Al salir del pueblo de Turmero, valle de Guacara, dice M. de Humboldt, se descubre á una legua de distancia un objeto que se presenta en el horizonte como un monte de forma circular, como un túmulo cubierto de vegetacion. No es, ni una colina, ni grupos de árboles unidos, es un solo árbol, el famoso *zamang del guayre*, conocido en toda la provincia por la enorme extension de sus ramas, que forman una copa hemisférica de 576 piés de circunferencia. El *zamang* es una bella especie de mimosa, cuyas ramas tortuosas se dividen por bifurcacion. Sus hojas finas y delicadas se destacan graciosamente sobre el azul del cielo. El tronco del *zamang*, que se encuentra en el mismo camino de Turmero á Maracay, no tiene más de 60 piés de altura y nueve de diámetro, pero su verdadera belleza consiste en la forma general de su copa. Las ra-

mas se extienden como un gran quitasol, y se inclinan por todos lados hácia la tierra, quedando uniformemente alejadas de esta unos 12 ó 15 piés. El perímetro del ramaje es tan regular, que trazando distintos diámetros, los encontré de 182 á 186 piés. Varias plantas parásitas cubren sus ramas hiriendo su corteza. Los habitantes de este valle, sobre todo los indios, tienen una gran veneracion por este árbol, que los primeros conquistadores parece habian hallado casi en el mismo estado que hoy día se encuentra. Desde que se le ha observado con atencion, no se le ha visto cambiar de grueso ni de forma.»

Existe algo de imponente y de magestuoso en estos vetustos árboles; así sucede que la violacion de estos monumentos de la naturaleza es castigada con severidad en los países en que carecen de monumentos artísticos.

El mahogon llega á tener ocho metros de diámetro. En Nueva-Holanda, el eucalyptus globosus y el eustassas heterophylla, alcanzan proporciones enormes. La palmera se eleva hasta 50 metros, y las dos más célebres que existen en Europa, son las de Córdoba, notables por su belleza y su edad, en las cuales se encuentran todavía baladas moriscas. En América, el tulípero adquiere de 20 á 40 metros de circunferencia y se eleva hasta 50 y 60. El ceiba, de la costa occidental del Africa, es tan compacto y tan elevado, que los indígenas construyen de él piraguas de una sola pieza de tres á cuatro metros de ancho por 18 ó 20 de longitud.

Cítase un árbol de la China, llamado siennich, que tenia, segun dicen, 50 metros de circunferencia. El araucaria hombié llega algunas veces, en los bosques vírgenes del Brasil, á una altura de 76 metros. Algunos árboles de la Nueva-Holanda son tan extraordinariamente gigantescos, que se construyen de un solo tronco piraguas de guerra que pueden contener 60 y 80 hombres.

*Flores.*—La del boabal tiene 0,32 centímetros de ancho y 0,16 de longitud. Las flores del aristolochia cordiflora, que crece en la América meridional, en las márgenes del rio Magdalena, tienen hasta 0,50 centímetros de longitud. Las del

reflesia, planta descubierta en Sumatra en 1818, por el doctor Arnold, llega hasta un metro de longitud, y un peso de ocho á nueve kilogramos. La victoria regina ofrece flores de 58 á 60 centímetros de diámetro.

En 1839 existía en Ille, en los Pirineos Orientales, una hortensia que contenía 1.573 ramitos. Su altura era de dos metros y la circunferencia de 11. En 1846. M. Soulange-Codín tenía una magnolia-yu-lan cargada con 7.000 flores. En Setiembre de 1851 se veía en la exposicion de la sociedad de horticultura de Paris, un heliotropo de siete metros de circunferencia que tenía 350 ombelas de flores.

*Frutas y legumbres.*—La prensa inglesa ha hablado de un pepino de tres metros de longitud. En 1840 se enseñaba en Burdeos una calabaza de cuatro metros de circunferencia que fué vendida en 100 francos. En la exposicion de Luxemburgo, en 1841, existía otra calabaza de especie distinta que pesaba 165 kilogramos. Las sandías llegan á cinco ó seis metros de circunferencia y á un peso de 150 á 300 kilogramos.

Un tal Billadeau enseñaba en Paris, en 1839, una col que habia nacido tres años antes en el distrito de Ruelle, departamento de Deux Sévres. No enseñaba más que el esqueleto, al cual habia dado una forma de abanico, para hacer más visible su ramificacion. Su altura pasaba de tres metros y su circunferencia era de 20. Cuando estaba en la mata, sus hojas, segun el propietario, tenían de uno á dos metros de longitud, y habia dado un producto de cerca de 12 quintales de peso.

Los periódicos ingleses de 1841 hablaban de una zanahoria de cerca de dos metros de longitud y 30 centímetros de circunferencia con un peso de cuatro kilogramos próximamente.

En 1835 se cogió en Donai una remolacha que pesaba unos 16 kilogramos. Los señores Harpignies y Blanquet, de Farnars, cogieron tambien, en el mismo año, una remolacha de un metro de longitud.

*Criptógamas.*—La fuerza de la vegetacion que trasforma en árbol magestuoso una planta modesta de nuestros climas, se muestra principalmente en el helecho, que en América llega á

una altura de 12 metros y forma selvas semejantes á las formadas por las palmeras. Puede leerse en M. de Humboldt la impresion que hacen experimentar al viajero. Así las ideas que nuestra poesia confiere á esta planta reciben en la forma tórrida otra direccion. La especie conocida con el nombre de *Cyathea speciosa* se eleva hasta 15 y 30 metros.

Bulliard dice haber medido gordo-lobos de 64 centímetros de longitud, y sin embargo esta masa no está fija á la tierra mas que por algunos ligeros filamentos.

---

## PREOCUPACIONES MARÍTIMAS.

---

Parce estemporáneo hablar de preocupaciones en la segunda mitad del siglo XIX, cuando todos aseguran que han quedado envueltas entre las cenizas de nuestros abuelos.

Así debia hacerle esperar la civilizacion presente; pero nosotros creemos que desaparecen con más lentitud de la que deben, pues si bien es cierto que muchas se han estinguido, en cambio otras quedan, aunque variando de forma en cada época.

Si Temístocles se embarcaba contento porque al poner el pié en su nave oyó estornudar á su derecha; si Eduardo VI de Inglaterra mandaba á Cardano que hiciese su real horóscopo y Napoleon consultaba supersticiosamente á Mme. Lenormand; hoy, en estos momentos, existen hombres ilustrados é inteligentes que pretenden tener fácil comunicacion con las almas de los que un dia vivieron entre nosotros: les dirigen preguntas y obtienen peregrinas contestaciones.

¿Y por qué medios? Por medios tan groseros y ridículos como las patas de una mesa ó de un velador. Es decir, que hoy no se atienen á consultar á la Sibila, y se contentan con interrogar á su tranquilo trípode.

Añadiremos, por imposible que parezca, que esta debilidad humana se halla tan extendida que, desde el punto en que sus corifeos Dunglás y Atlan Kardek la dieron impulso hasta hoy, se cuentan más de veinte revistas y periódicos que se entretienen en discutir y fomentar los desvarios espiritistas.

Hemos puesto por via de prólogo estas reflexiones para disculpar en cierto modo las muchas preocupaciones marítimas que han llegado casi hasta nuestros días; si bien harta disculpa ofrecia la falta de ilustracion y el indefinible misterio que en el alma refleja el Océano, ese espejo de lo inmenso y lo sublime.

Las inciertas sensaciones que infunde, sobre todo al hombre rudo ó ignorante, lo inclinan á una contemplacion piadosa, y no sabiendo esplicarse lo que por él pasa, mezcla lo sagrado con lo profano, y lo hace caer en absurdas creencias.

Una buena suerte para la recién construida nave, el deseo de un próspero viaje, la necesidad de un viento favorable y la anhelada bonanza, eran desde luego los puntos cardinales de donde partian sus preocupaciones.

Todo el mundo sabe que antes de botar al agua una embarcacion se acostumbra en los países cristianos bendecirla, ó sea bautizarla con el nombre de un santo, de un héroe, etc., impetrando para ella el favor divino, y deseándola un porvenir venturoso. Este uso piadoso es muy antiguo; ya en tiempo de los romanos hace mencion de otro análogo Apiano, y describe los sacrificios que hacian en tal ceremonia llamada *lustratio navium*. Se levantaban altares en la misma orilla del mar y dentro del agua; la flota se colocaba alrededor en semicírculo, y durante el acto reinaba en ella el más profundo silencio. Los sacrificadores, á bordo de pequeños esquifes, daban tres vueltas alrededor de la flota, acompañados de los prefectos y capitanes, elevando sus preces á los dioses para que

alejasen de la nave toda clase de peligros; y por último, vueltos á tierra inmolaban algunos toros ó becerros, cuya sangre se confundía con las aguas del mar.

Antes de emprender un viaje, asalta al navegante la idea de la ignorada suerte que le espera, y al querer adivinarla desvaría.

Así vemos que Hostilio Mancino presagió su derrota ántes de la batalla de Actium, porque al empesar su viaje se posaron en su trireme algunas golondrinas: los marineros holandeses juzgaban del éxito de sus navegaciones por la inclinacion del bajel al embarcar los viveres, teniendo á buen agüero si se escoraba hácia la izquierda, y por infausto si se balanceaba á la derecha: los franceses, ingleses y americanos no querian hacerse á la vela en viernes; los levantiscos no permitian á bordo sacerdotes, y los españoles tenian á mal presagio el encontrar un pájaro bobo en sus viajes á América, creyendo que aquel encuentro anunciaba la próxima muerte de alguno de sus tripulantes.

Cuando se veian sorprendidos por una calma, ansiando un soplo de viento que los sacara de tan angustiada inaccion, acostumbraban los marineros en la Edad media, y áun en la moderna, hasta el presente siglo, ciertas prácticas entre sacrílegas y piadosas. Los portugueses que iban á la India, llevaban para estos casos una pequeña imágen de San Antonio; se veian faltos de viento favorable y suplicaban al santo que hiciese el milagro que le pedian; si no tenia efecto en breve, amarraban fuertemente la imágen á un palo y allí se burlaban de ella y la escarnecian hasta que, levantándose naturalmente la brisa, la desataban con toda veneracion, aunque reprochando al santo su terquedad, que los habia obligado á tratarlo de aquella violenta manera.

Los marineros árabes apelaban á los encantamientos, hallándose siempre entre ellos alguno de quien se apoderaba un espíritu maligno, profetizando por boca del marinero el día y la hora en que debia soplar el viento; todo esto en medio de verdaderas locuras, como era el comerse brasas de carbon y

chupar la sangre de una gallina, saltando sobre cubierta como un energúmeno con horribles y ridículas contorciones.

Aun en nuestros días se conserva la idea de una estraña, aunque inofensiva preocupacion de nuestros marinos; se llama vulgarmente echar los cabrones al agua, y consiste en atar dos filásticas ó hilos de que se forman las cuerdas, con muchos nudos, machacarlas despues y arrojarlas al mar, acompañándolas de imprecaciones y dichos satíricos, mientras otros se contentan con llamar al viento silvando, ó esclaman mirando al punto de donde lo desean: ¡Sopla! ¡Sopla!

Más largo é insinuante es el catálogo supersticioso en esas terribles peripecias á que se hallan espuestos en su azarosa vida: la aproximacion de una manguera ó tromba marina; el hallarse empeñados en una costa brava con malos tiempos ó al terrible trance de una tempestad, dan para ello mas que suficiente motivo, y no citaremos como supersticion la promesa que el hombre hace á la divinidad si de él se apiada y que vemos cumplir religiosamente al romano y al griego, colocando sus cuadros ó ex-votos sobre los muros de un templo de Neptuno ó Thetis, al cristiano de la Edad media y la moderna en las paredes de sus iglesias.

Pero entran en la categoeía de las preocupaciones, los sacrificios cruentos del romano para apaciguar la cólera de los dioses: las tortas de centeno con manteca que los marinos del Norte ofrecian al escollo, costa ó mar encantado; las jarras llenas de aceite y bien tapadas que el árabe arrojaba al mar; sus ridículas ceremonias; sus encantamientos; el encender antorchas ó golpear á los esclavos cristianos que llevaban á bordo, obligándolos á pedir á la Virgen y á los santos la apetecida bonanza; y los panes de San Nicolás que los griegos echaban al agua, uno por uno hasta que se restablecía la calma. Uno de los graves peligros á que puede hallarse espuesta una embarcacion, es la *manguera*, enorme remolino, en forma de cono, que gira con movimiento vertiginoso y corre con celeridad pasmosa sobre la superficie del mar, apoyando en ella su vértice y chupando inmensas cantidades de agua: por eso este

fenómeno ha sido en todos tiempos el terror de los marinos, que temian verse envueltos y sumergidos rápidamente por él. En tal caso, los más prudentes, al ver la manguera á tiro de cañon, disparaban sobre ella con palanquetas ó balas enramadas á fin de cortarla y deshacerla; pero otros, ó se limitaban á recitar el Evangelio de San Juan y el Padre Nuestro, suprimiendo «así en la tierra,» ó hacian al mismo tiempo tres veces la cruz con dos cuchillos de mango negro, y otras tres cruces rayadas en el costado del barco.

Tambien ha dado origen á raras fantasias el paso por algun sitio que se creia peligroso ó lo era verdaderamente.

Tal es, por ejemplo, el Maelstroom en la costa occidental de Noruega que, segun los marineros del Norte, es una sima que á veces se abre en el fondo del mar, donde se precipitan las aguas en acelerado y vertiginoso movimiento, y cuyo funesto influjo se hace sentir á larga distancia, arrastrando y hundiendo en el abismo á la embarcacion que pase inmediata.

Los pescadores noruegos pretenden conocer de antemano la época en que se abre la sima, ya por el aspecto y ligero movimiento del agua, ya por el cariz que se presenta. Tambien han creado en sus téticas leyendas el kraken, animal gigantesco, de cuerpo informe y con larguísimos brazos que en noches tempestuosas, dicen, sube á la superficie de las aguas y abarcando entre sus brazos á las embarcaciones, se hunde con ellas si no tienen la precaucion de partirlos á hachazos.

El tempestuoso cabo de Buena Esperanza dió márgen á una curiosa leyenda bastante conocida con el título de *El crucero holandés*. Suponia la tradicion que el capitan holandés Vanderdecken hizo un juramento sacrilego y temerario, desafiando al poder divino, por cuyo delito estaba castigado á cruzar incesantemente por las aguas del cabo. El barco que tenia la desgracia de divisarlo se veia al poco tiempo acometido por una furiosa tormenta, que casi lo destrozaba, y tenia en tanto á la vista en lo más recio de la borrasca al crucero holandés navegando tranquilamente con todo aparejo largo, como si surcara una mar llana y apacible.

Acabaremos esta reseña diciendo algunas palabras acerca del bautismo de los trópicos, ó sea la orden de caballería del mar,

Tuvo principio en el siglo XV, siendo entonces motivo de una fiesta solemne á bordo, el conferir el grado de caballero á todo el que no hubiera pasado la línea, y creyendo que con esto quedaba iniciado el catecúmeno en los misterios de los mares australes.

Aunque sin aires de supersticion se lleva á cabo en algunos buques esta farsa, al cortar la línea equinocial ó uno de los trópicos. La víspera, despues de una lluvia de frijoles ú otras legumbres análogas, se dejaba oír la voz de Neptuno, que por medio de una bocina preguntaba el nombre, punto de partida y destino de la embarcacion: acto continuo bajaba de la cofa mayor un postillon armado de botas y espuelas, con un oficio para el capitán ó comandante, en que se le notificaba que al dia siguiente debía entregar el mando al dios de las aguas. Al otro dia, cortado ya el trópico ó la línea, se presentaba Neptuno armado con su tridente, y seguido de una caterva de ángeles, tritones, diablos, etc., mandaba varias maniobras ininteligibles é irrealizables, en señal de haber tomado posesion del barco; se sentaba á popa en una mesa dispuesta al efecto y hacia que su secretario fuese llamando por lista á todos los individuos de abordo que no hubiesen cortado el trópico ó la línea hasta entonces; si alguno no parecia, los diablos se encargaban de buscarlo, y á todo el que no queria pagar tributo pecuniario se le zambullía en el mar, por medio de una cuerda ó cabo pasado por un moton cosido en un penol y luego se le peinaba y afeitaba en la tina del baldeo con un rastrillo y una navaja de palo. La contribucion recaudada de esta manera servia á la tripulacion para divertirse en el primer punto de llegada.

Además de las principales supersticiones y ceremonias acostumbradas en todas las marinas de Europa, casi hasta nuestros dias, habia otras más pueriles y análogas á las que preocupaban á los campesinos, como eran los duendes y visio-

nes que se aparecían en los barcos, como era la idea de creer que el fuego de San Telmo que se ve en los topes durante la tormenta, era el alma de un finado ó la de creer que bañándose en el mar en la noche de San Juan, se precave todo genero de enfermedades, etc., etc.

Hemos terminado nuestro relato, formado con las ruinas de añejas creencias, para que los amantes de lo pasado se entretengan con ellas echándolas hoy de menos en los barcos donde no deben ir las á buscar; si las apetecen vayan enhorabuena con los espiritistas que resucitan ahora con gran entusiasmo las *ciencias ocultas* de Agripa de Nettesheim, dando un salto atrás de trescientos años, renegando de nuestra civilización actual y de la verdadera fé.

Tengan presente los crédulos, que la superstición subvierte las ideas y mancha ó ridiculiza todo cuanto toca.

---

## LIBACIONES.

---

Las libaciones eran entre los antiguos paganos una ceremonia religiosa que consistía en llenar un vaso de vino ú otro licor y derramarlo sobre la tierra ó sobre el fuego, en honor de alguna divinidad, constituyendo esta ceremonia el complemento de todo sacrificio. El sacerdote sacrificador lo probaba antes de verterle, y algunas veces lo daba á probar á los que se hallaban alrededor del altar.

Las libaciones entre los antiguos, no solo se usaban en los sacrificios, sino tambien en los contratos, casamientos, funerales, festines, y aun en las comidas ordinarias, y al levantarse y acostarse.

El vino era el licor más generalmente usado, pero tambien se libaba con leche, aceite, agua y miel, segun la especie de divinidad en honor de la cual se hacia la libacion.

Entre los hebreos hubo tambien libaciones. No se ofrecia

al Dios de Israel sacrificios solemnes en que no se vertiera vino en gran cantidad.

Entre los antiguos francos, poco despues de la edad media, los *tabeliones*, que equivalian á nuestros notarios de hoy, terminaban los negocios con sus clientes chocando un vaso de vino con otro, gustándole y pronunciando juntos esta frase latina: *rata fiat*, que quiere decir, quede ratificado (el contrato). Creen algunos que este es el origen del nombre de *ratafia* que se conserva hoy para un licor, especie de rosoli de guindas y otros ingredientes aromáticos.

La libacion que en su origen era una ceremonia religiosa, y cuya parte principal consistia en el derramamiento del licor, siendo accesoria la de probarle, ó dicho de otro modo, una ceremonia en la cual se derramaba casi todo el licor y no se bebía sino que solamente se gustaba, debió perder su verdadero carácter cuando de los sacrificios solemnes pasó á emplearse en las comidas. Para los aficionados al licor, cuando el que empleaban fuera bueno, debía ser muy doloroso derramarle y no beberle, sino solamente gustarle. Compréndese que fuera disminuyendo la cantidad derramada y aumentando la destinada á tomarle el gusto, y poco á poco concluyera la ceremonia, cuando en las comidas se efectuaba, por beber mucho y derramar poco, y al fin por beber todo y cuidar de derramar nada. En esta forma conocemos la costumbre de libar en nuestros días. Las libaciones de la comida han dado origen á nuestros brindis, y sabido es que en los brindis se derramarán palabras, pero lo que es el líquido se vierte en el estómago. La palabra libacion ha tomado hoy un significado más extenso; no se dá este nombre solamente á los brindis de nuestros banquetes, sino también á los tragos de vino ó de otro licor échense en las tabernas ó en las casas.

Crean, sin embargo, algunos puristas que es una viciosa significacion, y que la voz libacion exige, para que sea genuinamente apropiada, que haya derramamiento más ó ménos solemne. A propósito de esto pondremos, para terminar, lo que

un reputado autor de un precioso libro de mitología cuenta en el artículo de libaciones.

Dos ternes amigos, sentados al frente de sus copas en la mesa de una taberna, arman fuerte disputa. Vienen á las manos, ruedan los vasos, muévase gran ruido y por fin la policía interviene. El suceso es motivo de proceso verbal; se forma, pues, y el escribano lee, y luego el diario de los tribunales se imprime, que los señores X..... y Z....., despues de *copiosas libaciones*, etc., etc.

X y Z jamás han entendido de asuntos de justicia ni acaso leído un periódico. Quedáronse con la boca abierta y sin entender una palabra. Terminado el proceso con las conclusiones del tribunal y la lectura de la sentencia, pagaron su multa, sufrieron algunas horas de prision y volvieron á la taberna tan amigos como antes.

Entre botella y botella X... dijo á Z... «Segun parece, hemos hecho libaciones el otro dia?—Aquel viejo que hablaba gangoso lo ha leído en un papel, dijo el otro, pero yo no he comprendido.—Ni yo tampoco, replicó X...»

Para resolver la duda conviene en ir á buscar á un sábio del barrio, un antiguo maestro de escuela, reducido por el mal estado de los tiempos al oficio de memorialista, y á escribir en varias formas de letra dictándole las cocineras.

«Cuando os pegásteis el otro dia, les dijo el escribiente, y la mesa rodó, se derramó el vino?—Sí.—Pues en eso ha estado el mal. Porque oid mi razonamiento; los griegos y los latinos que eran paganos, es decir, idólatras, es decir adoradores de ídolos, derramaban el vino sobre la mesa en honor de estos ídolos. Llamaban á esto hacer libaciones.

»Conque seguid mi razonamiento, si os hubiéseis contentado con ponerlos calamocanos y cascaros, no hubiéseis hecho sino lo que muchos cristianos hacen todos los dias; en esto no hubiera habido delito, porque no habia libacion. Pero el vino se derramó, hubo libacion y por consiguiente paganismo, politeismo, idolatria, adoracion de ídolos. Por consiguiente se os ha puesto en prision y con justicia. Habeis entendido?»

---

NOTICIAS VARIAS.

---

Se ha repartido el cuaderno 7.º y último de la importante publicacion *Diccionario doméstico* tesoro de las familias ó repertorio universal de conocimientos útiles.

Recomendamos la lectura del anuncio en la tercera plana de la cubierta.

---

Los conciertos que tienen lugar todos los sábados en el patio del Liceo, convertido en elegante salon de verano, se vén cada vez más favorecidos por una distinguida concurrencia que pasa algunas horas agradablemente y aplaude como siempre á los reputados profesores que en ellos toman parte.

---

El Sr. Echegaray tiene terminados tres dramas: «Como empieza y como acaba». «O Locura ó Santidad» y «Morir por no despertar».

Como es probable que en la próxima temporada tendremos una buena compañía de verso en el Principal ó en Cervantes, esperamos conocer las nuevas producciones del autor de «La Esposa del Vengador» y «En el puño de la espada.»

---

DIRECTORES PROPIETARIOS,

ENRIQUE RIVAS.

JOAQUIN M.º VERDUGO.

---